

TRAS DE UNA NUEVA ARQUITECTURA

Dos libros sobre nuestra mesa de trabajo, ricos en sugerencias, nos invitan a consagrarnos algunos comentarios. Pocas obras como éstas, publicadas al mismo tiempo, en España una, la otra en Francia, algo semejantes de espíritu y aun de forma, tienen tal capacidad de agitación — aplauso y controversia — para un arquitecto preocupado del porvenir transcendente de su arte. Pocas veces se nos invita con tal fuerza a proyectar nuestro pensamiento audazmente hacia el futuro, tras de fantasías que pudieran ser modestas realidades del mañana si las grandes naciones logran salir de esta angustiosa crisis de la postguerra.

Del libro español es autor el más caracterizado de nuestros arquitectos de vanguardia, espíritu inquieto, sensible a todo viento renovador, ávido de modernidad: Teodoro de Anasagasti. Títulase *Enseñanza de la Arquitectura*; de él nos ocuparemos extensamente en otra ocasión.

El libro francés, *Vers une Architecture* (1), es obra de Le Corbusier-Saunier, quien figura desde hace algunos años entre los teorizantes franceses de una estética constructiva modernísima y, como técnico, es autor de varias obras atrevidas de arquitectura. En unión de Tony Garnier representa actualmente en Francia la corriente arquitectónica más avanzada.

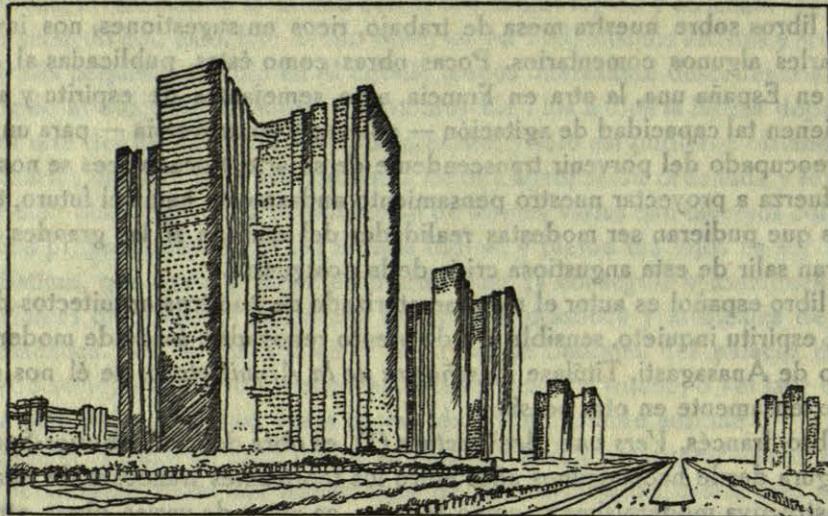
A un sutil catador de libros bien logrados y armónicos le ha de complacer poco este último. Escrito en tono mitad de proclama, mitad de libelo, con cierta petulancia de mediano gusto y un dogmatismo intransigente y antipático, es todo menos una de esas sutiles obras galas ricas en ponderación, gracia, mesura y equilibrio. Pero hay que disculpar un poco esas cualidades en quien sale en plan de pelea, armado de todas armas y creyéndose un feroz revolucionario, aunque diste bastante de serlo. Pretende arrastrarnos hacia un arte futuro y, sin embargo, Le Corbusier-Saunier, a su pesar, no logra sacudirse, como buen francés, el polvo de la tradición. Tras de ideas que quieren ser audaces y sugerencias arquitectónicas que presumen de heterodoxia, aparece el respeto a la antigüedad, a las obras del pasado, y el sometimiento completo a casi todos los principios de teoría arquitectónica que le enseñaron un día como artículos de fe en la *Escuela de Bellas Artes*, de cuyas enseñanzas abomina, u otra cualquiera de menos rango y parecido espíritu conservador. Hay un capítulo singularmente en defensa de la vieja teoría — francesa y académica — de proporcionar las plantas y alzados por medio de relaciones y figuras geométricas, de lo más endeble de la obra, ya que en él no queda probado lo que pretende el autor, con grandes aspavientos, demostrar: la utilización de tales procedimientos en las épocas pasadas y su bondad para la presente.

A pesar de ello, este libro desordenado y faltó de unidad, en el cual el argumento gráfico alcanza tanto valor como el escrito, tiene la gran virtud de suscitar

(1) París, 1923. Precio, 20 francos.

en grado máximo el diálogo y la controversia, y por ello es más útil que cualquiera otra obra cuyo perfecto arte y proporción captara desde el primer momento nuestro aplauso incondicional.

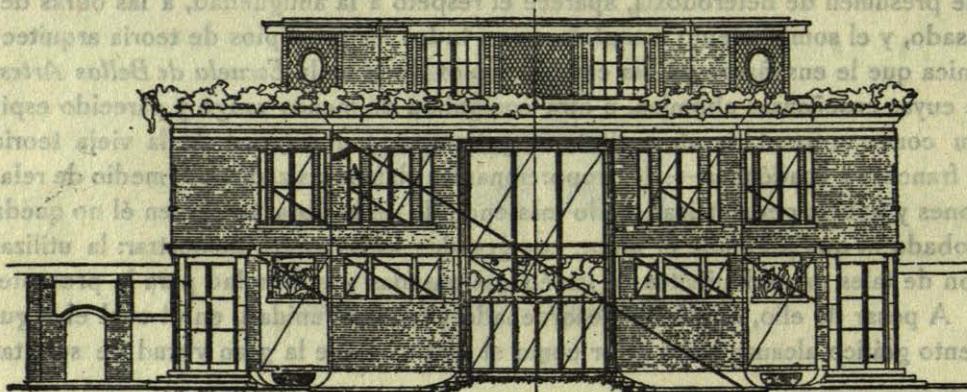
En su cubierta aparece la fotografía del paseo de borda de un gran transatlán-



Las ciudades-torres del porvenir. — Las torres están rodeadas de jardines y campos de deportes. Las grandes vías, con su autódromo en alto, distribuyen la circulación lenta, rápida, extrarrápida.

Arquitecto: Le Corbusier-Saugnier.

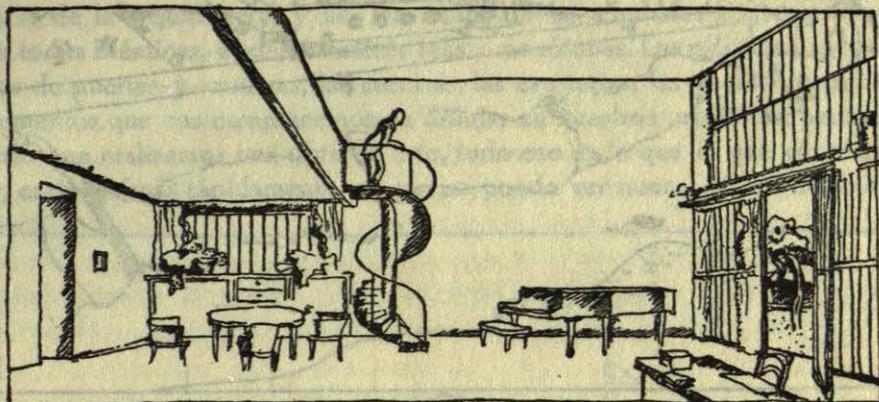
tico. Uniéndolo al título de varios capítulos — *Des yeux qui ne voient pas...* — percíbese inmediatamente una de las ideas centrales de Le Corbusier-Saugnier, familiar para los lectores de esta revista, pues ha sido sostenida repetidas veces en sus páginas: todas las construcciones que hoy levantamos los arquitectos no son realmente arquitectura; las gentes que reclaman un estilo moderno están ciegas, no saben verle, pues existe con caracteres tan marcados y de tal grandiosidad como pocas veces se ha producido. Esa arquitectura, ese estilo de nuestra agitada vida moderna, es el de las grandes fábricas, de los silos gigantescos, de los barcos



Villa. — Fachada.

Arquitecto: Le Corbusier-Saugnier.

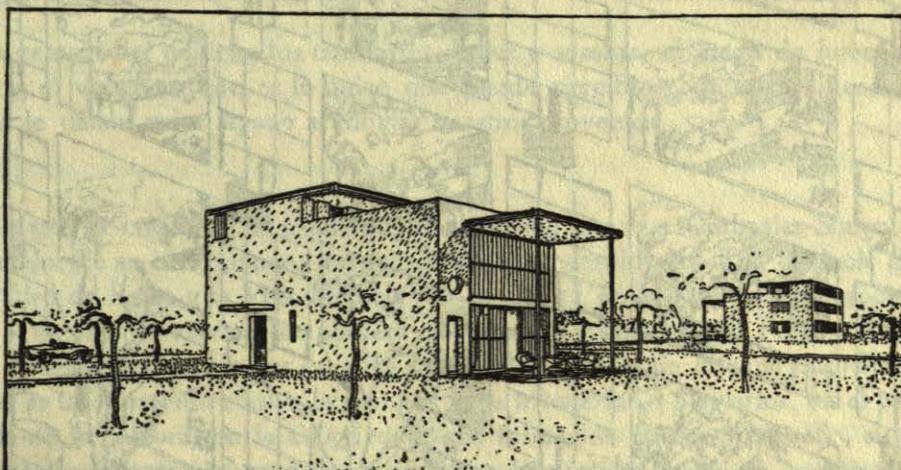
de miles de toneladas, de los automóviles, de los aviones, de los hangares de dirigibles, de las enormes máquinas de ferrocarril, de los puentes colosales, de las turbinas, de las grúas y los transbordadores; es decir, es el estilo potente y misterioso de las creaciones mecánicas de los días presentes.



Casa en serie «Citroën». — Una casa, como un auto, concebida y dispuesta como un ómnibus o un camarote. Hay que considerar la casa como una máquina para vivir o como una herramienta. Cuando se crea una industria, se compran las herramientas; cuando se crea un hogar, se alquila, actualmente, un piso imbécil.

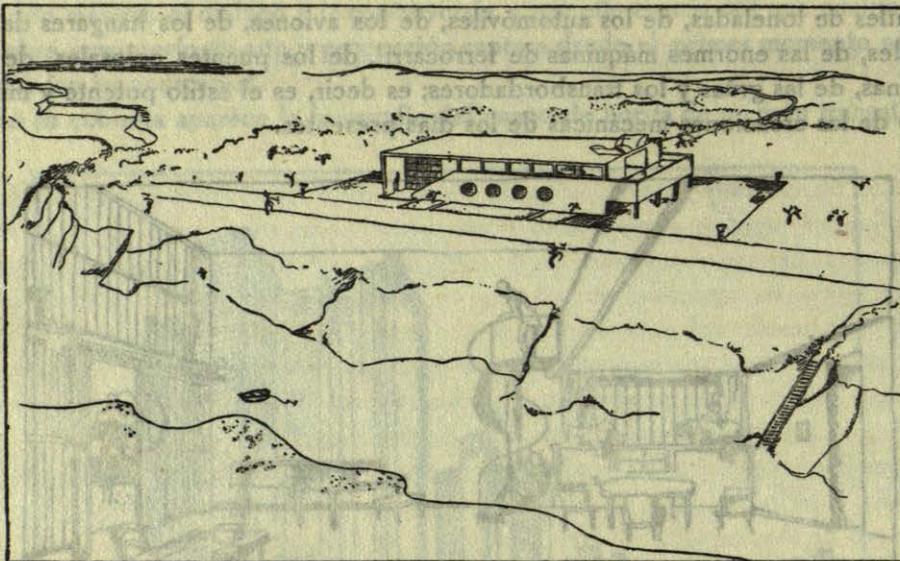
Arquitecto: Le Corbusier-Saugnier.

La arquitectura se nos ha escapado de las manos a los arquitectos sin apenas darnos cuenta de ello. Mientras el mundo avanzaba vertiginosamente, nosotros no hacíamos más que repetir las fórmulas, desprovistas de espíritu, del pasado. Al comparar la estética arquitectónica actual con la de hace ochenta años, notaremos la escasa distancia que entre ellas media, cuando en otros muchos órdenes de la actividad humana esos ocho decenios suponen un inmenso recorrido.



Villa en serie. — 72 metros cuadrados. Armadura de cemento, cemento-gum. Una sala de 9 × 5; cocina, cuarto de criada, dormitorio, cuarto de baño, gabinete, dos dormitorios, un solarium.

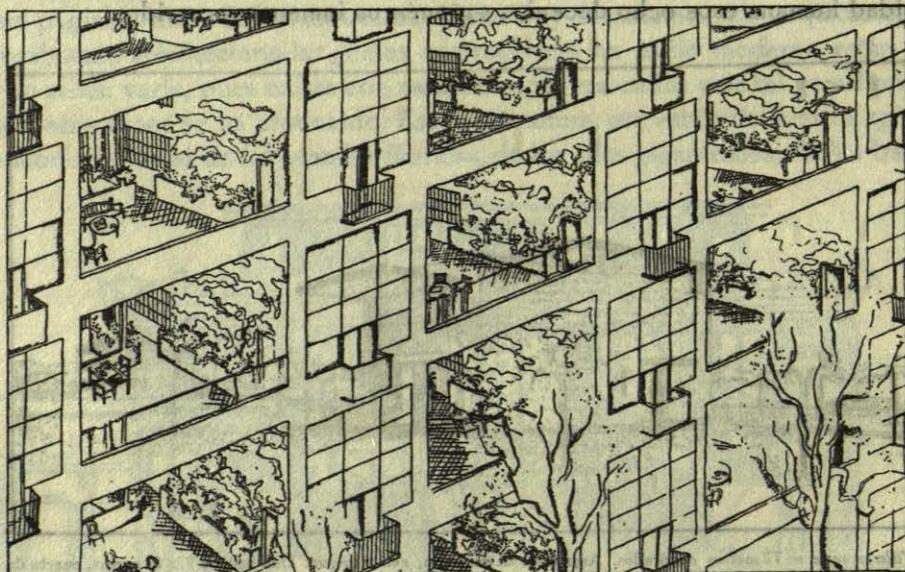
Arquitecto: Le Corbusier-Saugnier.



Villa junto al mar, construida con materiales en serie: soportes de hormigón armado de cinco en cinco metros, en las dos dimensiones; suelos de hormigón armado.

Arquitecto: Le Corbusier-Saugnier.

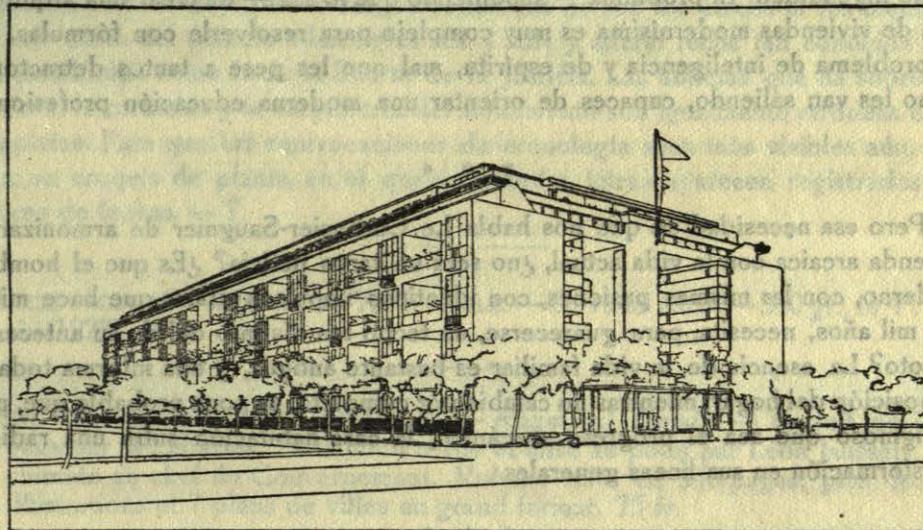
El ejemplo de la vivienda es bien demostrativo. Con pequeñas diferencias, nuestras casas parécense a las medievales, y aun a las romanas; no se han transformado desde hace siglos. Exteriormente, no sólo en líneas generales permanecen inalterables, sino que con frecuente periodicidad tratan de plagiar el pasado. Y por dentro, más que viviendas de hombres modernos, parecen almacenes de muebles dispuestos para alojar a las gentes lo más incómodamente posible.



Proyecto en construcción de 120 villas superpuestas. Detalle de fachada.

Arquitecto: Le Corbusier-Saugnier.

La arquitectura actual no corresponde, pues, a las necesidades ni a la vida moderna: ha quedado estancada con varios siglos de retraso. No tiene nada que ver con los estilos: es cuestión simplemente de plantas, superficies y volúmenes. Por ignorarlo, nuestras construcciones producen una impresión tan grande de monotonía y repetición. En efecto, tan sólo variamos en ellas el detalle, es decir, lo más accidental de la arquitectura, y así las calles de las ciudades contemporáneas parecen todas idénticas, e idénticamente feas y monótonas. Las ménsulas, los guardapolvos de puertas y ventanas, las cornisas, las cresterías, las arquivoltas, todos esos elementos que nos complacemos en dibujar en nuestros proyectos, pensando al hacerlo que realizamos una obra de arte, todo eso es lo que el que circula por la calle, cada día más rápidamente, no ve, no puede ver nunca. Y, en cambio, la



Proyecto en construcción de 120 villas superpuestas.

Arquitecto: Le Corbusier-Saugnier.

silueta general del edificio, los contrastes de luz y sombra, el juego de huecos y macizos, el volumen, que es lo único que puede percibirse, de eso no hacemos caso ni le damos valor alguno al dibujar nuestros proyectos.

La parte de crítica de la arquitectura actual que hace Le Corbusier-Saugnier, es lo mejor de su obra, aunque no falten en ella puerilidades. Tal, el decir que San Pedro de Roma y la Villa Médicis son el cáncer de la arquitectura francesa, como si un espíritu avisado no pudiera en Roma, lo mismo que en París o Nueva York, deducir del pasado sus grandes enseñanzas vitales, sin intentar resucitarle. No; no es la educación clásica la que nos hace tributarios o plagiarios, en el peor sentido de la palabra, de la antigüedad: con formación clásica o sin ella, si carecemos de orientación moderna y sana, no lograremos hacer en arquitectura nada vital.

Las soluciones que propone el autor para llegar a conseguirlo pecan de in-

consistencia. La principal es la repetición de los tipos, la construcción en serie de todos los elementos y de los edificios. Con tal sistema — dice Le Corbusier Saugnier — se produjo en la antigüedad el Partenón, y en nuestros días los últimos modelos de automóviles, por ejemplo. Pero ¿qué otra cosa hacemos ahora, sino repetir millares de tipos análogos de edificios? Las casas, por ejemplo, ¿no vienen a ser casi idénticas en Madrid, París o Roma? Y, sin embargo, parece que no hemos conseguido crear todavía nuestro Partenón de viviendas de vecinos. Los escultores de todo el mundo, ¿no levantan desde hace bastantes años centenares de monumentos semejantes en todas las plazas? Y, a pesar, de casi ninguno de ellos se puede hablar más que como de obstáculos de la circulación.

No; la receta de nuestro autor demuestra, como todo su libro, una buena dosis de ingenuidad. El problema — suponiendo que lo sea — de crear una arquitectura de viviendas modernísima es muy complejo para resolverle con fórmulas. Es un problema de inteligencia y de espíritu, mal que les pese a tantos detractores como les van saliendo, capaces de orientar una moderna educación profesional.

* * *

Pero esa necesidad de que nos habla Le Corbusier-Saugnier de armonizar la vivienda arcaica con la vida actual, ¿no será un tanto ficticia? ¿Es que el hombre moderno, con las mismas pasiones, con idénticos impulsos vitales que hace mil o dos mil años, necesita, para guarecerse, un techo tan distinto del de su antecesor remoto? La esencia de la vida familiar es bastante antigua, y ella informa toda la disposición del hogar; mientras no cambie por completo, es poco probable que, por vertiginoso que sea el progreso mecánico, la casa-habitación sufra una radical transformación en sus líneas generales

* * *

Tal vez en un día no lejano se realicen en parte estas utopías sobre las ciudades futuras. Tal vez las gentes vivan entonces en casas-torres de cuarenta o más pisos, sujetos a la tiranía de ascensores, teléfonos, ventiladores, aparatos de calefacción y de radiotelegrafía, etc., etc.

Y tal vez entonces también, en sus oficinas mecanizadas, entre la complicación de sus vidas vertiginosas, esas gentes, en un raro y breve momento en el que puedan dejar en libertad la imaginación, evoquen melancólicamente un rincón lejano y escondido, ignorado de la rotación velocísima de la vida ciudadana, en el cual el hombre tenga lugar y calma para interrogarse a sí mismo sintiéndose vivir.

Arquitectura o revolución: tal es el dilema infantil con que termina este libro, mediocre y viejo como literatura, flojo en el razonamiento, desordenado y lleno de grabados muy interesantes.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.